

Al final de la guerra, el panorama para la cultura es desolador. Con Lorca y Machado muertos, y gran parte de la Generación del 27 exiliada, la edad de plata había llegado a su trágico final.

El movimiento poético puede dividirse en dos grandes etapas: la desarrollada durante la dictadura (1939-1975) y la de la democracia (desde 1975 hasta nuestros días). La inmediata posguerra (1940-1960) se caracterizó por la represión política y la miseria, el aislamiento internacional y la pobreza intelectual. Los poetas o bien se alinearon con la ideología y la estética de los vencedores al quedarse en España, o permanecieron en un exilio interior a la espera de gritar su rabia y su dolor.

La dura posguerra marcada por la pobreza, la censura y el exilio de muchos intelectuales marcó la poesía de los años cuarenta. Escriben en estos años tanto poetas de la Generación del 27 como los jóvenes poetas de la generación del 36. Todos coinciden en recuperar los temas humanos, aunque se puede hablar de distintas tendencias: la poesía de Miguel Hernández (*Cancionero y romancero de ausencias*). Su estilo poético destaca por la forma auténtica y apasionada de expresar su mundo humano y familiar; la poesía arraigada, cultivada por autores de la Generación del 36, complacientes con el régimen de Franco, defendía una poesía clásica distanciada de la realidad (*La casa encendida*, Luís Rosales); por último, la poesía desarraigada, que expresaba un sentimiento de angustia, desesperación y disconformidad con el mundo circundante. Un grupo de poetas, citados a continuación, se aglutan en torno a la revista *Espadaña*. Cultivan una línea existencialista para expresar la desorientación y el caos humano. Su estilo se vuelve violento, empleando para ello un lenguaje brusco y duro. A este grupo pertenecen V. Aleixandre con *Sombra del Paraíso*, Dámaso Alonso con *Hijos de la ira* y poetas más jóvenes como Gabriel Celaya y Blas Otero con *Ancia*.

Otras tendencias fueron algunos movimientos marginales como el Postismo (abreviatura de Postsurrealismo), en la línea de la poesía vanguardista y surrealista; y el grupo Cántico, en la línea de la poesía pura de la Generación del 27. Por último, antes de abordar los poetas de los años 50, habría que mencionar la poesía en el exilio, como por ejemplo, Juan Ramón Jiménez o León Felipe. En los años cincuenta surge la poesía social: el poeta se convierte en un testigo de su época y defiende que la poesía es comunicación, testimonio y una herramienta para lograr un mundo más justo, por ejemplo, a través de la denuncia de la realidad sociopolítica de España. Se caracteriza por el distanciamiento de todo esteticismo y el empleo de un lenguaje desnudo. Gabriel Celaya destaca con su obra *Cantos Íberos*, junto a Blas de Otero, *Pido la paz y la palabra*, y José Hierro.

En los años sesenta los poetas sin renunciar a su espíritu crítico y de denuncia, ponen el acento en los temas subjetivos más que en los políticos, y muestran una preocupación mayor por el lenguaje, que se vuelve más lírico y personal en donde el tono coloquial se eleva a un nivel artístico. El humor y la ironía y los ecos de lecturas y

canciones producen la sensación de conversación íntima con el lector. Son, entre otros, Ángel González, José Agustín Goytisolo, Carlos Barral, Jaime Gil de Biedma, Claudio Rodríguez y Félix Grande.

En los años 70 aparece una nueva tendencia que perdurará hasta los años 80: los Novísimos, que mitifican la cultura de los medios de comunicación de masas y se inspiran en la poesía extranjera o en algunos poetas del 27. Su poesía se aleja del realismo y regresa a los experimentos relacionados con las vanguardias o con el Modernismo y su gusto por lo exótico, el léxico cuidado y el ritmo del lenguaje. Algunos de estos poetas son Pedro Gimferrer, Luis Antonio de Villena, Ana Mª Moix, Guillermo Carnero y Manuel Vázquez Montalvan.

Desde 1975 se advierten cambios. Desde el punto de vista social, por la recuperación económica del país. Desde el punto de vista cultural, por la renovación intelectual y literaria. Se frenan los excesos culturalistas y se vuelve a una poesía más personal e intimista.

En los años ochenta se vuelve a una poesía narrativa con un lenguaje coloquial. Así, los autores abordan temas subjetivos. Se imponen dos tendencias: la poesía del silencio (reflexiva, filosófica e intelectual) iniciada por Jaime Siles y continuada por Andrés Sánchez Robayna y Clara Janés, entre otros; en segundo lugar, la poesía de la experiencia, de corte realista, que habla de la vida y de la realidad cotidiana para abordar los conflictos generacionales como la droga, la comunicación o el consumismo. Destaca Luis García Montero. Otras tendencias que surgen son el Neosurrealismo, Erotismo, Neoexistencialismo, Neopurismo, Impresionismo posnovísimo, Poesía épica, Neorrealismo y Neoclasicismo.

Por último, hacia el siglo XXI, los poetas manifiestan un rechazo al relativismo moral en favor de un mayor compromiso social frente a un mundo injusto e insolidario. Se abordan temas como la globalización, la ecología, el subdesarrollo o el neoliberalismo. Es una poesía rehumanizada, reflexiva, que manifiesta ciertas preocupaciones existenciales. Destacan Jorge Riechmann, Ana Merino y Lorenzo Oliván.